## Actividad complementaria para la unidad 2

### Historia de una doctora que trabajó en Sudáfrica para contar como resumen «Para Dios no hay nada imposible»

Una noche trabajé ayudando a una madre a dar a luz. A pesar de todo nuestro esfuerzo, ella murió dejando un bebé prematuro y una hija de dos años que lloraba. Era difícil mantener con vida al bebé, ya que no teníamos incubadora (ni siquiera electricidad). Tampoco teníamos facilidades para darle alimentación especial. Aunque estábamos en el ecuador, las noches eran frías con corrientes de aire traicioneras. Una comadrona fue a traer una caja que teníamos para esos bebés y una manta de algodón para envolverlo. Otra fue a avivar el fuego y a llenar una bolsa con agua caliente. Regresó triste a decirme que al llenar la bolsa, se reventó (el plástico fácilmente se echa a perder en los climas tropicales). «¡Era nuestra última bolsa de agua caliente!». Le dije: «Pon al bebé tan cerca del fuego con cuidado, y duerme entre el bebé y la puerta para librarlo del viento. Tienes que mantenerlo con calor». A la tarde siguiente, como hacía la mayoría de los días, fui a orar con algunos niños del orfanato. Les comenté cosas por las que orar y les hablé del bebé. Les expliqué nuestro problema para mantener caliente al bebé, hablé de la bolsa para agua caliente, y que el bebé podría morir si se enfriaba. También hablé de la hermanita de dos años, que lloraba porque su mamá había muerto. Durante la oración, una niña de diez años, Ruth, oró de esta forma: «Por favor, Dios, envíanos una bolsa para agua caliente. No nos servirá mañana, Dios, porque el bebé ya habrá muerto. ¿Y podrías, por favor, enviarnos una muñeca para que su hermana sepa que realmente la amas?». Esta oración me puso en un apuro. No me atrevía a decir «Amén». No creía que Dios pudiera hacer esto. Aunque sé que Dios todo lo puede pues la Biblia dice así, hay muchas posibilidades para manifestarse ante nosotros, ¿o no? La única forma en que Dios podía responder sería enviándome un paquete desde mi país. Llevaba en África casi cuatro años, y nunca, nunca había recibido uno. Y si alguien me enviaba un paquete, ¿pondría una bolsa de agua caliente? A media tarde, me dijeron que un coche había parado en mi residencia. Cuando llegué, el coche ya se había ido, pero había un paquete grande de 22 kilos. No podía abrir el paquete yo sola, así que mandé llamar a los niños del orfanato.

Juntos tiramos de las cintas, deshaciendo con cuidado cada nudo y doblando el papel para no romperlo demasiado. La excitación iba en aumento. Un montón de ojos miraban la enorme caja. Saqué unos jerséis. Después, vendas para los leprosos. Luego, una caja de pasas. A continuación, cuando volví a meter la mano, pensé: ¿Estoy sintiendo lo que en realidad es? Agarré y saqué una bolsa de agua caliente, nueva. Lloré. No le había pedido a Dios que me la enviara porque no creí que Él pudiera hacerlo. Ruth estaba al frente de la fila. Ella se abalanzó afirmando: «¡Si Dios envió la bolsa, debió mandar también la muñeca!». Hurgando hasta el fondo, sacó una muñeca pequeña y bellamente vestida. ¡Sus ojos brillaron! ¡Ella nunca dudó! Me pidió: «¿Puedo ir con usted y darle esta muñeca a la niña, para que sepa que Jesús la ama de verdad?».

El paquete estuvo en camino cinco meses. Lo habían envuelto mis antiguos alumnos de la escuela dominical, cuyo maestro había escuchado y obedecido a Dios urgiéndole a enviar una bolsa de agua caliente, a pesar de que iba al ecuador. Y una niña había puesto una muñeca para una niña africana cinco meses antes, en respuesta a la oradora de diez años que creyó y pidió que lo trajera «esa tarde».

© Ediciones Akal, 2011

## Actividad complementaria para la unidad 3

### «Isaac y Rebeca»

Recordaréis que Isaac era el hijo de Abraham. Cuando Isaac creció y llegó el tiempo de que se casara, Abraham deseaba que Isaac se casara con alguien de su tierra de origen, pero no quería que saliera del lugar donde vivían. Así que Abraham decidió enviar a uno de sus sirvientes a buscar una esposa para Isaac y traerla de vuelta.

El sirviente estaba contento de ayudar a su señor, pero no estaba seguro de cómo sabría escoger a la joven adecuada para Isaac. Llevó con él 10 camellos y muchos regalos para la nueva novia y comenzó un largo viaje. Mientras iba de camino le oraba a Dios para que le ayudara a saber elegir a la esposa perfecta para Isaac.

Cuando el sirviente llegó a la tierra nativa de Abraham, vio un pozo. ¡Eso le dio una idea! Oró para que la joven escogida por Dios para ser la esposa de Isaac viniera al pozo a coger agua. Él le pediría agua para beber. Si la joven le daba de beber y luego le ofrecía agua a los camellos también, sin habérselo pedido, él sabría que ella era la que Dios deseaba como esposa de Isaac.

Mientras el sirviente estaba sentado en el pozo, una joven caminó hacia él. El sirviente le pidió agua y ella le dio de beber. Entonces, ella miró a su alrededor y, al ver sus camellos, se ofreció a darles agua a ellos también. ¡Ocurrió exactamente lo que él le había pedido a Dios!

El sirviente le dio joyas preciosas. Le preguntó acerca de su padre y si él y sus camellos podrían pasar la noche en su casa. Ella lo llevó a su hogar, donde se encontraba su hermano Labán. Cuando supieron que Abraham lo había enviado para encontrar una esposa para Isaac y que el Señor le había demostrado que Rebeca era la mujer especial que Dios había escogido para Isaac, la familia se alegró muchísimo.

El sirviente y Rebeca dejaron los regalos y los camellos con Labán y se dirigieron a casa de Isaac. Cuando ella vio a Isaac en la distancia, se puso muy contenta. Cuando Isaac vio a Rebeca, fue amor a primera vista. Se casaron enseguida. ¡Isaac amó muchísimo a Rebeca!

© Ediciones Akal, 2011